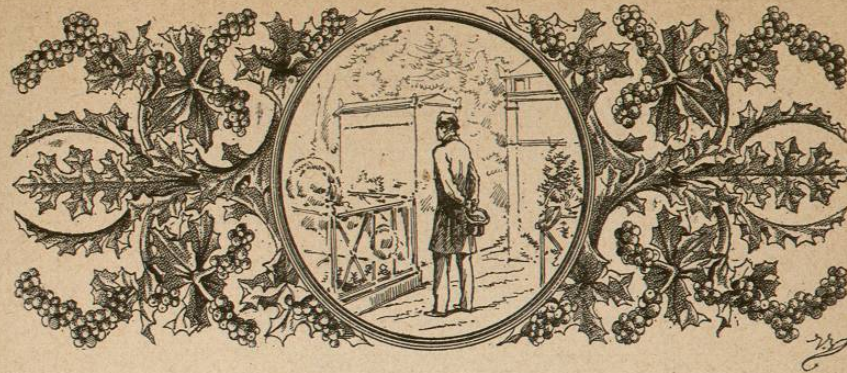


Y aprestan los pinceles
 Con que en la edad futura eterna sea
 La fama de esa hueste generosa
 Que por su reina hermosa
 Y por la santa libertad pelea.

Mas ¡oh!, ¿qué nuevo rayo
 De luz las liras y los lienzos dora,
 Como á los campos del florido mayo
 El resplandor de la rosada aurora?
 ¿Me engaña mi deseo?
 ¡Vedla!.. ¡Es ella!.. ¡Es *Cristina!*
 Su presencia divina
 Baña de lumbre el español *Liceo*.

Busca en tu dulce lira
 Cómo pintar su célica hermosura
 Que amor y gloria inspira,
 Si al humano poder por dicha excedes,
 Inspirado poeta:
 Búscalos tú, pintor, si hallarlo puedes
 En el vario color de tu paleta.
 Pintadla augusta, hermosa,
 Sobre el excelso trono castellano
 La frente hollando del rebelde fiero,
 Y con risa bondosa
 Ciñendo de laureles con su mano
 Al pintor, al poeta y al guerrero.

1838.



Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

(HOY MARQUÉS DE MOLÍNS)

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

EPÍSTOLA

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
 Que la amistad contempla silenciosa,
 Porque enjugarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
 De un sepulcro do en flor arrebatada
 La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada
 Ver en el llanto que á sus solas vierte
 La majestad de su dolor turbada.

¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
 Antes que yo consuelos te ofreciera? —
 Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
 ¿Cuál para ti, cuál otra que la mía
 Más diligente y cariñosa fuera? —

Contigo me crié: contigo un día
 En las aulas bebí de *San Mateo*
 El fuego de la hermosa poesía.

Aún me parece que vagar te veo
 Con precoz gravedad, cuando sonaban
 Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos, se burlaban
 Del ayo *inexorable*, y bulliciosos
 Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos
 Alientos de cien jóvenes, que ahora
 Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
 De *Espronceda*, ¡oh dolor!, el genio ardiente
 Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *León* el ánimo valiente
 Apercibía á la inmortal jornada
 Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada
 Probó la diestra que empuñar debía
 La épica trompa y la fulmínea espada.

Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía
 Apurando el raudal con noble empeño,
 Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
 Rico de inspiración sonaba el canto
 De *Felipe*, el satírico limeño.

Allí otros mil... – ¡Oh fugitivo encanto!
 ¡Oh sonrisa primera de la vida!
 ¡Recuerdo de placer, que arranca llanto!

– ¿Y qué, Mariano, la ilusión perdida
 De la edad infantil, en noche oscura
 Nos dejó acaso el alma sumergida?

¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?
 ¿Es este mundo una región de duelo,
 De desesperación y de amargura?

¡No, no es verdad! – Del nebuloso cielo,
 Del negro septentrión esa herejía
 Vino *en traje francés* á nuestro suelo.

¡Todos pecamos! – Yo también un día,
 Gimiendo adrede, por seguir la usanza,
 Vime arrastrado en la común manía

A esa *espelunca* do á leer se alcanza
 Sobre la puerta con azufre escrito:
 «¡Ay! *Dejad, los que entráis, toda esperanza.*»

Allí en verso trotón y á voz en grito
 Lloraba su *vejez anticipada*
 Un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,
 Que tres lustros de edad mostraba apenas
 Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas
 De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
 Ata, al nacer, con grillos y cadenas.

Y porque más su desventura asombre,
 Quejábbase también de estar *minado*
 De una secreta enfermedad *sin nombre*.

¡Era un vivir aquél desesperado!
 Sólo se oía en recia taravilla:
 ¡*Maldición!* por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
 Conseguí despertar con trasudores
 A las voces de *Lista* y *Hermosilla*.

Y al contemplar de nuevo los albores
 Del sol que en torno á mí la densa bruma
 Disipaba con vivos resplandores,

Dije: ¡Gracias á Dios! – Pues ni me abruma
 La sociedad, ni anillo con veneno
 Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno
 Que un fiel amigo, una mujer constante
 No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir. – Extravagante
 Empeño es sepultarse de por vida
 En el infierno bárbaro del *Dante*

Y no vagar, con alma embebecida
 En trinos de aves y en olor de rosas,
 Por los jardines mágicos de *Armida*.

Mis ojos otra vez á las hermosas
 Regiones se alzan del sereno polo
 A buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,
 Que invoqué tantas veces, al ruido
 De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el feroz graznido
 Del repugnante pájaro que viene
 Del hedor de las tumbas atraído;

Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
 A esas lagunas cenagosas, donde
 Blanca fantasma su morada tiene,

Y al que pide favor sólo responde
 Con un ósculo hediondo y un acero
 Que entre los pliegues de su manto esconde.

Álcese *Byrón* de su numen fiero
En las alas flamíferas, y escoga
A su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rioja*.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscán* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio*?

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena
A que el humano esfuerzo no resiste
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,
Sólo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al son de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía
En la antigua amistad y en el encanto
De la consoladora poesía.

Tulio de 1842.

ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!.. Sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
A este valle que en sosiego
Tu corriente, ¡oh Pusa!, baña
Susurrando.

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde que, sentado,
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledó;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

¡Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida,
Y allí, del mundo lejano,
Tu breve carrera imite
Y escondida!

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.